

UN FRAGMENTO DE *TIEMPOS DIFÍCILES* (1854), DE CHARLES DICKENS

Tiempos difíciles (1854) es una novela de madurez de Dickens. También una de las mejores que escribió. Para entonces, ya había escrito *Oliver Twist*, *Aventuras de Picwick*, *Casa desolada...*, y ya era un escritor consagrado.

Tiempos difíciles es una crítica contra la **industrialización**, el **materialismo** y la **educación**. Uno de los mejores fragmentos donde Dickens hace crítica, pero con su habitual ironía y sentido del humor, es el que reproducimos aquí: un diálogo entre **Luisa Grandgrind** y **Cecilia Jupe**, la niña del circo abandonada por su padre a la que el señor Grandgrind se compromete a educar de acuerdo a sus propios principios, basados en la filosofía utilitarista del filósofo Bentham. Helo aquí:

- Pero, por favor, señorita Luisa —dijo Ceci, excusándose—. ¡Soy..., soy tan ignorante!
- Luisa dejó escapar una risa más alegre de lo que era habitual en ella, y le dijo que poco a poco se iría haciendo más instruida.
- Es que no sabéis lo tonta que soy —exclamó Ceci, casi llorando—. En la escuela no hago más que equivocarme. El señor y la señora M'Choakumchild me hacen poner una y otra vez en pie, nada más que para que cometa errores. No lo puedo remediar. Parece que me brotan espontáneamente.
- Supongo que el señor y la señora M'Choakumchild no se equivocarán nunca, ¿verdad, Ceci?
- ¡Jamás! —contestó Ceci, con mucha seriedad—. Ellos lo saben todo.
- Cuéntame algunas de tus equivocaciones.
- Me da casi vergüenza —contestó la muchacha con cierta repugnancia—. Hoy, por ejemplo, nos explicaba el señor M'Choakumchild la teoría de la Prosperidad natural.
- Supongo que quieres decir la Prosperidad nacional —apuntó Luisa.
- Sí..., eso... Pero ¿no es lo mismo? —interrogó Ceci tímidamente.
- Puesto que él dijo nacional, es mejor que tú también lo digas así —contestó Luisa con sequedad reservada.
- La Prosperidad nacional. Y nos dijo: «Mirad: suponed que esta escuela es la nación y que en esta nación hay cincuenta millones en dinero. ¿Es o no una nación próspera? Niña número veinte, ¿es o no una nación próspera esta, y estáis o no estáis vos nadando en prosperidad?»
- ¿Y qué contestaste? —le preguntó Luisa.
- Señorita Luisa, le contesté que no lo sabía. Me pareció que no estaba en condiciones de afirmar si la nación era o no era próspera y si yo estaba nadando en prosperidad, mientras no supiese en qué manos estaba el dinero y si me correspondía a mí una parte. Pero esto era salirse de la cuestión. No podía representarse con números —dijo Ceci, enjugándose las lágrimas.
- Cometiste un gran error —sentenció Luisa.
- Ahora ya lo sé, señorita Luisa; ahora ya lo sé. El señor M'Choakumchild me dijo a continuación que me lo presentaría de otra manera, y se expresó de este modo: «La sala de esta escuela es una ciudad inmensa en la que vive un millón de habitantes, y de ese millón de habitantes, solamente se mueren de hambre en la calle, al año, veinticinco. ¿Qué os parece esta prosperidad?» Lo mejor que se me ocurrió contestarle fue que para los que se morían de hambre era lo mismo que la ciudad tuviese un millón que un millón de millones de habitantes. Y también en esto me equivoqué.
- ¡Naturalmente que sí!

—El señor M'Choakumchild dijo que iba a probarme otra vez, y empezó: «Tengo aquí un cuaderno de asmatísticas...»

—Estadísticas —corrigió Luisa.

—Eso es, señorita Luisa...; siempre me hacen pensar en los pobres asmáticos... De estadísticas de accidentes marítimos. «Según ellas (dijo el señor M'Choakumchild), cien mil personas se embarcaron en un año para travesías marítimas largas, y tan sólo quinientas se ahogaron o perecieron entre llamas. ¿Qué tanto por ciento resulta?» Y yo le contesté... que ninguno... —y al decir esto, Ceci sollozó, como si aquel error, el mayor de los suyos, le inspirase viva contrición.

—¿Cómo que ninguno, Ceci?

—Ningún tanto por ciento representa para los parientes y amigos de los que perecieron. No acabaré jamás de aprender —dijo Ceci—, y lo peor de todo es que, si bien mi padre deseaba tan ardientemente que yo aprendiese, y yo deseo muy de veras aprender, precisamente porque él lo deseaba, sospecho mucho que el aprender no es cosa de mi gusto.

Luisa se quedó mirando aquella cabeza tan modesta, cuando Ceci la inclinó avergonzada.”

(Charles Dickens, *Tiempos difíciles para estos tiempos*. Ed. Fernando Galván. Trad. Armando Lázaro Ros. Madrid, Cátedra, 1992. Col. Letras Universales, 170, pp. 152-154)

La pobre Ceci es incapaz de comprender los principios egoístas del utilitarismo. Es evidente que, en el libro, el autor toma partido por las fuerzas liberadoras, es decir, por el mundo no académico: el circo y el candor infantil. Dickens nunca apreció la gravedad de los círculos vinculados a la pedagogía y a la educación victoriana.